

Elogio de la política

Al escribir este editorial tenemos en la mente la imagen -y no sólo física, por supuesto- de dos políticos actuales distintos entre sí -más bien, contrarios-, pero paradigmáticos ambos: Lula y Bush.

El primero, bienintencionado sin duda, y con un amplísimo respaldo, al menos previo, de su pueblo; pero con enormes dificultades para realizar su programa, que no acaba de arrancar atenazado como está por los compromisos económico-financieros de los que tiene que responder y por la fuerza de la oligarquía terrateniente.

El segundo, prepotente, capaz de llevar el caos a terceros (véase Irak, por ejemplo), dinamitador del vigente entramado jurídico internacional, por precario e imperfecto que hasta ahora sea, y valedor de la fuerza militar como fundamento de su "orden mundial".

Contemplamos asimismo cómo la **inmensa mayoría de los gobiernos y de la llamada clase política o bien se dejan arrastrar por los poderosos de turno -poderes fácticos, se dice- y se ponen a su servicio, o bien se sienten incapaces de tocar, siquiera verbalmente, los cimientos del sistema socio-político vigente, aun cuando perciben la existencia de una conciencia casi universal de que tal sistema es injusto y cruel.**

Observamos también la implantación y enraizamiento de amplios corporativismos de

estamentos, de clase social, de naciones e, incluso, de continentes donde desaparece la realidad y hasta el concepto de bien común, anegado en el oleaje de los intereses específicos de cada grupo, para servir a los cuales se violenta la función y el cometido de los estados.

Vemos, así, a los políticos y a los gobiernos que ellos forman como encasillados -y, a veces, encastillados- en tres categorías, ninguna de las tres satisfactoria:

Los que siguen la corriente y trabajan a favor de los poderosos y del sistema establecido; partidarios, por encima de todo, del "orden impuesto" y de la seguridad, y que aceptan como naturales todo tipo de desigualdades.

Los, aparentemente, reformistas que, al no atreverse a atacar los cimientos o fundamentos del sistema se agotan y extenuan en los detalles dejando intacta la raíz de los problemas.

Los que, convencidos de la imbatibilidad del sistema desde dentro o incapaces de descubrir caminos nuevos de combate, o bien se instalan en la cercanía de la violencia o bien en

un amargo pesimismo que termina llevándolos al desentendimiento de la acción política.

Ante un panorama así, **no es extraño que, por una parte, la ciudadanía se desentienda de la acción política y busque cada uno instalarse lo**



mejor posible en el sistema, y, por otra, tenga a la política por una actividad difícilmente compatible con la ética y la justicia.

Nosotros, sin embargo, que hacemos bandera de la crítica política, queremos hoy romper una lanza a favor de la dignidad de la política, y, por tanto, de la necesidad de que cada vez sean más los grupos de ciudadanos que con la debida preparación moral, ética y técnica se ocupen con seriedad y constancia de la política y de la acción política.

De este modo demostramos que **nuestra crítica no pretende ser más que una labor de desescombros para poder levantar firme un edificio político que, basado en la justicia, cobije la paz.**

He aquí, pues, las razones -y no todas- que tenemos para enaltecer la política y la actividad y acción política:

1º- La política es necesaria:

La persona humana, por su misma constitución, es social, abierta a los demás, relacionada con los otros. Ya para nacer exige vida social, de relación, a sus progenitores y en esa sociedad conyugal se inserta y a ella se abre para poder vivir (aun cuando, si se destruye, pueda ser sustituida, pero nunca suprimida. No hay lobas por los montes amamantando niños).

Dimensión social, pues, de la persona, con dos vertientes. Nuestras carencias, por una parte, hacen a los "otros" imprescindibles para "nos-otros", y, por otra, nuestras cualidades nos hacen a "nos-otros" imprescindibles para los "otros". Toda relación personal es dar y recibir. No sólo no podemos ser "sin los otros", sino que somos "por los otros", "en los otros" y "para los otros".

Por eso **la vida social está hecha de derechos -lo que legítimamente esperamos de los demás- y de deberes -lo que, legítimamente también, esperan de nosotros los demás-. Tanto unos como otros son sagrados y nos hacen adultos** en mutuo equilibrio. Un niño, sin duda, tiene más derechos que deberes, pero en un adulto los derechos y deberes son el anverso y el reverso de la misma dimensión social de la persona. (Por eso -pero no vamos a ir ahora por ahí- una sociedad, en la que se exigen a pleno pulmón los derechos y donde nadie

siente tener deberes que cumplir, es una sociedad infantilizada, sin adultez).

Es evidente que toda persona humana en cuanto tal y a través de su múltiple actividad entra en relación con otras muchas en los más diversos ámbitos y hasta en los más lejanos lugares; multiplicidad de relaciones que, a medida que aumentan, se hacen más complejas y necesitadas de armonización para que todas las personas encuentren el camino de su propio perfeccionamiento.

La política (de la buena estamos hablando) no es otra cosa que el trabajo (y el logro) de armonización de las relaciones humanas; actividad, desde luego, necesaria si las hay. Mientras algo de racionalidad quede en nosotros, alguna palabra tendrá que decir la razón en relación con nuestros "encuentros" personales para que no se conviertan en "encontrazos".

(No entramos ahora -y todos sabemos que hay mucho que decir sobre ello- en quiénes, de qué modo, a qué niveles y encargados por quién han de llevar a cabo dicha armonización. Sólo pretendemos que quede clara su necesidad).

2º.- La política es una de las más nobles actividades humanas:

A la política podemos definirla como "la ordenación al bien común de la actividad humana de una determinada colectividad".

En efecto, las personas, las familias y los diversos grupos que constituyen la sociedad civil son conscientes de la propia insuficiencia para lograr una vida plenamente humana y perciben la necesidad de una comunidad más amplia, en la cual todos coordinen a diario sus energías en orden a una mayor consecución del bien común. La comunidad política, pues, nace para buscar el bien común en el que encuentra su justificación plena y del que deriva su propia legitimidad.

Ahora bien, por bien común debe entenderse todo un conjunto de condiciones sociales que permitan a los ciudadanos el desarrollo libre y pleno de su propia perfección personal. No se trata, por tanto, de la posesión de bienes en común -que tampoco se excluye, si el mismo bien común lo exige- cuanto de crear un clima de libertad e igual-

dad para todos en el que cada uno pueda ser dueño de su propio destino y las mutuas relaciones sean de fraternidad y no de dominio.

Hoy, con la conciencia social existente, podemos afirmar que el bien común consiste en la defensa de los derechos y deberes de la persona humana. Por consiguiente, **la principal misión de cuantos actúan en política, sea desde los gobiernos o desde otros ámbitos, debe orientarse en estos dos sentidos: por una parte, a reconocer, respetar, armonizar, tutelar y promover los derechos de todos, y, por otra, a facilitar a cada ciudadano el cumplimiento de sus respectivos deberes.** Y esto es válido en cualquier nivel social desde el que se actúe, sea local, regional, nacional o internacional.

El bien común, por tanto, exige también, por razones de justicia, la no neutralidad de los políticos y los gobiernos en relación con los ciudadanos más débiles, que pueden encontrarse en condiciones de inferioridad a la hora de defender sus derechos o de poder cumplir sus responsabilidades.

Si alguien tiene derecho a privilegios, estos son precisamente los excluidos y desfavorecidos, y función de los políticos es que toda la actividad política -y, por supuesto, también la legal- mantenga, como hoy se dice, una discriminación positiva hacia ellos.

Armonizar derechos y deberes desde un trato de favor a los más pobres o desfavorecidos, eso es realizar la justicia y cimentar la paz. Si admitimos la lucha y el esfuerzo por tal armonización como la esencia de la actividad política, es cierto que difícilmente puede encontrarse actividad alguna más noble que la de los políticos.

3.- La política es difícil y arriesgada:

La política está llena de obstáculos punto menos que insalvables. Hacer hoy política desde los presupuestos éticos, tal como los hemos insinuado, es casi tarea de héroes y titanes.

En efecto, la persona humana no es un ángel y, con harta frecuencia, confunde intereses con derechos, transforma el deber de solidaridad en defensa corporativa, asimila defensa propia a poder y coacción frente a los demás, erige la fuerza en razón, absolu-

tiza la posesión de bienes en exclusiva, a los excluidos los considera inútiles e irresponsables, etc. etc.

A fuerza de caminar por sendas de avaricia y poder se ha consolidado una sociedad individualista donde son mayoría los excluidos. Multitud de privilegios e intereses creados se defienden hoy a sangre y fuego a lo largo y ancho del mundo entero, apuntalados por un ordenamiento jurídico que los hace aún más fuertes.

Tampoco es un aliciente para un político honesto la actitud de las masas de ciudadanos que, por caminar por los fáciles senderos del consumismo y del bienestar al día, se vuelven incapaces de comprender que algún esfuerzo y sacrificio tenemos todos que asumir para que se realice la justicia. Hoy, desde luego, no da votos hablarle al pueblo de sus deberes.

Armonizar, pues, derechos y deberes en estas sociedades nuestras, si no fuese una necesidad urgente, podría parecer un despropósito absurdo.

Por todo ello, son de admirar quienes, conocedores de tan dura realidad, están dispuestos a arriesgar su tiempo y su vida -los fuertes no perdonan fácilmente a quienes les molestan- en intentar ordenar en justicia las relaciones entre las personas, entre las clases y entre los pueblos. Se necesita, desde luego, una gran altura de miras y una buena dosis de espíritu de sacrificio.

En resumen. Hemos pretendido ensalzar lo que entendemos que es la política en su más noble ejercicio y, al tiempo, hacernos conscientes de la necesidad de intervenir en ella aun a sabiendas del difícil mundo en el que se tiene que actuar, y conscientes de que hay que obrar con tal realismo que lo que sea posible hacer en concreto -así se define la política: "el arte de lo posible"- ni apuntale el "desorden injusto" existente ni cierre la puerta a futuros avances en la consecución de la justicia.

Si, según se decía, la necesidad crea el órgano, hoy la necesidad que la sociedad siente es otra forma de hacer política, y esta necesidad hará, sin duda, que broten también políticos de otro estilo y con otro estilo. Así lo deseamos y así intentamos que sea.